

CONSUMISMO Y LA CULTURA DEL DESCARTE

UNA MIRADA BREVE DESDE EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Magisterio de la Iglesia Católica ha reflexionado ampliamente sobre los desafíos que plantea la cultura contemporánea en relación con el consumo, la economía y el valor de la persona humana. Entre estos desafíos sobresalen el consumismo y la cultura del descarte, dos fenómenos que afectan no solo la vida económica, sino también las relaciones humanas, el cuidado de la creación y la vida espiritual.

La Iglesia enseña que los bienes materiales son un don de Dios y tienen un destino universal. Sin embargo, cuando el consumo se convierte en el centro de la existencia y las personas son valoradas únicamente por su utilidad, productividad o capacidad de consumir, se rompe el orden querido por Dios. El Magisterio denuncia esta lógica porque contradice la dignidad humana, debilita la solidaridad y favorece la exclusión de los más vulnerables.

1. El consumismo: una deformación del sentido de los bienes

El Magisterio distingue entre el uso legítimo de los bienes y el consumismo. Consumir lo necesario para vivir dignamente es bueno; el consumismo, en cambio, consiste en convertir el consumo en un fin en sí mismo, buscando la felicidad en la acumulación y en la satisfacción inmediata de los deseos.

San Juan Pablo II, en la encíclica *Centesimus Annus*, advierte que una sociedad orientada exclusivamente al consumo corre el riesgo de olvidar el verdadero desarrollo humano.

«No es malo el deseo de vivir mejor; lo que es erróneo es el estilo de vida que se presume mejor cuando está orientado al tener y no al ser.»

Centesimus Annus, 36.

El Magisterio enseña que la persona no alcanza su plenitud por la cantidad de bienes que posee, sino por el desarrollo integral de todas sus dimensiones: espiritual, moral, familiar, social y cultural.

El consumismo genera una búsqueda constante de novedades, comodidad y acumulación, haciendo creer que la felicidad depende de comprar más. La Iglesia recuerda que los bienes son medios para vivir dignamente, no el propósito último de la existencia.

2. La idolatría del consumo

El consumismo puede convertirse en una forma de idolatría porque sustituye a Dios por los bienes materiales.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña:

«La idolatría consiste en divinizar lo que no es Dios» (CIC 2113).

Cuando el dinero, el éxito, la moda, el lujo o el bienestar material ocupan el primer lugar en el corazón, la persona termina subordinando toda su vida a esos bienes.

El Magisterio afirma que esta idolatría empobrece espiritualmente al ser humano, porque lo hace depender de aquello que nunca puede satisfacer plenamente su deseo de felicidad.

3. La cultura del descarte

El papa Francisco ha desarrollado ampliamente este concepto, afirmando que uno de los rasgos más preocupantes de la sociedad actual es la tendencia a descartar tanto objetos como personas cuando dejan de ser útiles.

En la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* afirma:

«Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”.»

Esta lógica del descarte afecta especialmente a:

Los pobres.

Los ancianos.

Los enfermos.

Las personas con discapacidad.

Los desempleados.

Los migrantes.

Los niños no nacidos.

Quienes ya no producen económicamente.

Según el Magisterio, una sociedad que mide el valor de las personas únicamente por su utilidad económica termina negando la dignidad que Dios ha dado a todo ser humano.

4. El consumismo debilita la solidaridad

La Iglesia enseña que el exceso de consumo puede volver indiferente al sufrimiento de los demás.

Benedicto XVI, en *Caritas in Veritate*, recuerda que el desarrollo auténtico exige responsabilidad, gratuidad y fraternidad. La economía no puede reducirse al intercambio de bienes y beneficios, sino que debe estar abierta al servicio de la persona y del bien común.

El consumismo favorece una cultura individualista en la que predominan el interés personal, la competencia desmedida y la indiferencia hacia quienes carecen de lo necesario.

Por ello, el Magisterio invita a recuperar la virtud de la solidaridad, entendida como una responsabilidad mutua entre todos los miembros de la sociedad.

5. El consumismo y el deterioro de la creación

El papa Francisco, en la encíclica *Laudato Si'*, establece una estrecha relación entre el consumismo y la crisis ambiental.

Afirma que el uso irresponsable de los recursos naturales, la producción excesiva de residuos y la búsqueda permanente de nuevos bienes generan un grave daño a la casa común.

El problema no reside únicamente en los objetos que se desechan, sino también en una mentalidad que considera reemplazable todo aquello que deja de satisfacer los intereses inmediatos.

La Iglesia propone una ecología integral que una el cuidado de la persona, de la sociedad y del medio ambiente.

6. La dignidad humana frente a la lógica del descarte

Uno de los principios fundamentales del Magisterio es que toda persona posee una dignidad inviolable porque ha sido creada a imagen de Dios.

Por ello, nadie puede ser considerado inútil, prescindible o descartable.

La cultura del descarte contradice este principio porque clasifica a las personas según criterios de productividad, rentabilidad o eficiencia.

La Iglesia insiste en que el valor de una persona nunca depende de su edad, salud, riqueza, nivel educativo, condición social o capacidad económica.

Cada ser humano merece respeto, protección y amor simplemente por ser persona.

7. La sobriedad como respuesta cristiana

Frente al consumismo, el Magisterio propone la virtud de la sobriedad.

La sobriedad no significa pobreza impuesta ni rechazo de los bienes materiales. Significa aprender a usar responsablemente los bienes sin caer en el apego desordenado.

En *Laudato Si'*, el papa Francisco enseña que una vida sobria puede ser profundamente libre y feliz porque permite disfrutar de lo esencial sin depender del consumo permanente.

La sobriedad favorece:

La libertad interior.

La gratitud.

El compartir.

El cuidado de la creación.

La justicia con los más pobres.

Una vida espiritualmente más rica.

8. El destino universal de los bienes

El Magisterio recuerda constantemente que Dios creó los bienes para beneficio de toda la humanidad.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma:

«El derecho a la propiedad privada no anula la donación original de la tierra al conjunto de la humanidad» (CIC 2403).

Esto significa que la propiedad privada es legítima, pero siempre está subordinada al bien común.

El consumismo olvida este principio porque favorece la acumulación excesiva y el uso egoísta de los bienes.

La Iglesia invita a administrar responsablemente los recursos y a compartir con quienes viven en necesidad.

9. Conversión del corazón y renovación de los estilos de vida

El Magisterio enseña que el problema del consumismo no es solamente económico; es, sobre todo, espiritual.

La verdadera transformación comienza con la conversión del corazón.

Esta conversión implica:

Reconocer que Dios es el verdadero centro de la vida.

Valorar a las personas por encima de las cosas.

Consumir responsablemente.

Evitar el desperdicio.

Practicar la solidaridad.

Compartir con los necesitados.

Cuidar la creación como don recibido de Dios.

Buscar la felicidad en el amor, la comunión y el servicio antes que en la acumulación de bienes.

Ricardo Pinzón

Apostolado Católico Biblia&Vida

Según el Magisterio de la Iglesia Católica, el consumismo y la cultura del descarte representan una grave distorsión del proyecto de Dios para la humanidad. El consumismo reduce la felicidad al tener y al poseer; la cultura del descarte reduce el valor de las personas a su utilidad o productividad. Ambas realidades contradicen la dignidad humana, debilitan la solidaridad, favorecen la injusticia y dañan la creación.

La respuesta que propone la Iglesia no consiste en rechazar los bienes materiales, sino en ordenarlos correctamente. Los bienes deben estar al servicio de la persona, del bien común y de la caridad. La sobriedad, la solidaridad, el destino universal de los bienes, el cuidado de la casa común y el reconocimiento de la dignidad inviolable de toda persona constituyen el camino que el Magisterio ofrece para construir una sociedad más justa, fraterna y conforme al Evangelio.

